

La seguridad: un modelo social

Por Jorge Luis Marzo

“...sus vidas, la propia esencia de su carácter, sus capacidades y sus audacias, son tan sólo expresión de su confianza en la seguridad de su ambiente.”¹

Me pregunto por qué la palabra seguridad está tan en boga en la actualidad. ¿Habrá sido siempre así, y a este nivel? Los psicólogos publicistas, que siempre son muy esencialistas –de manera que hacen creer a los comerciantes que es muy fácil conocer el alma humana, y por tanto introducirse allí en dónde la gente se siente insegura– consideran que, de los siete deseos naturales al ser humano, uno de ellos es la seguridad². Pero si miramos los otros seis, vemos que es evidente que la realización de todos ellos es lo que crea la sensación de seguridad: alimentos y bebidas, la comodidad, el sexo, el bienestar de los seres queridos, el prestigio social, la longevidad (salud). Por tanto, ¿qué se insinúa al incluir a la seguridad como un deseo en sí mismo, como un sujeto desvinculado y autónomo, y en el mismo plano jerárquico que los demás?

En los medios de comunicación, que sirven para confirmar la seguridad de que la realidad que vemos es ciertamente la que vivimos, aparece constantemente el referente de la seguridad; en línea con la tradición, los discursos políticos y los de las fuerzas armadas de los estados siguen apelando a la seguridad. También los eslóganes económicos, y desde luego los publicitarios, siguen recogiendo asociaciones sobre la estabilidad y la fortaleza. Si miramos las noticias relativas a los alimentos, al sexo o al prestigio social, vemos que en los últimos años, el patrón de referencia es sin duda alguna la seguridad, especialmente desde el aumento de la psicosis alimentaria, la aparición

¹ Joseph Conrad, *Una avanzada del progreso*, Alianza, Madrid, 1993, 11

² Melvin S. Hattwick, *Psicología publicitaria*, Ed. Hispano Europea, Barcelona, 1964 (ed. orig. *How to use Psychology for Better Advertising*, Prentice Hall Inc., 1964)

del sida, o la precariedad de los contextos laborales. Pero, sin duda alguna, ha sido la implantación generalizada de las nuevas tecnologías en Occidente lo que ha establecido toda una nueva batería de definiciones respecto al papel de la seguridad en las relaciones políticas, sociales y humanas. Con la tecnología, la seguridad ha cobrado nuevos vuelos, dado que esas mismas tecnologías se han impuesto como engranajes de gestión que sancionan y regulan la seguridad de todo el aparato social existente.

En la práctica –que es lo que siempre le interesa al publicista– el deseo de la seguridad representa la necesidad de una gestión de aquellos mecanismos que aseguran la realización del resto de los deseos. Y gracias a que se trata de una gestión técnica de los mismos, la seguridad se percibe como una especie de negociado administrativo, una suerte de departamento o agencia que asegure que todo vaya bien. Así, el deseo de seguridad parecería responder al deseo de entrar en la trama misma de los órganos del poder social, de asegurar nuestra aceptación en ese entramado. Asumir el valor de la seguridad en estos términos, supone en realidad bendecirlo como conjunto de técnicas con su propio programa de fórmulas.

Es probable que un mundo como el nuestro, sometido al supremo valor del cambio constante y la velocidad, requiera de un alto grado de predicción sobre lo que ha de acontecer; de consolas que nos ofrezcan las variables más posibles ante problemas más o menos inminentes. Tenemos que estar listos y ágiles frente a una continua variación de curvas. Los individuos, las sociedades –sociales y mercantiles– y los sistemas en general deben adaptarse a ese cambio "sostenido". La velocidad no tiene la costumbre de esperar, porque más bien no puede; no está en su naturaleza. Las máquinas que se ajustan a esa velocidad nos sirven de herramientas de contacto. Si la velocidad aparece como "natural", como una extensión de las propias voluntades humanas, entonces parece lógico que las herramientas se legitimen también "naturalmente", dado además sus enormes beneficios económicos y sociales.

La tecnología nos sirve para el futuro: es nuestro "seguro de vida". Debemos asegurar lo que ya hay en el presente para que ese futuro pueda tener lugar. Somos previsores. El futuro, una especie de ente en sí mismo, ya existe allí a lo lejos y vendrá indefectiblemente para ocupar su lugar en su presente, lo que curiosamente ya vemos simulado en el cristal de nuestras pantallas. La máquina demuestra que hay una realidad más rápida que la cotidiana. Se convierte en el vehículo por el cual podemos llegar a conectar con realidades posteriores, con la ventaja de conocerlas en el presente. Un error nuestro sería fatal, catastrófico. Esa imagen que visualizamos en la pantalla no tendría lugar. O sería otra, que no imaginamos o que nos pareció descartable en un principio, y entonces estaríamos en peligro, puesto que no se predijo. Las predicciones salvan vidas. El demiurgo de las técnicas probabilísticas nos promete que sí tendrá lugar. Porque ya nos lo ofrece antes de que ocurra. Y eso da mucha seguridad, porque da sentido al presente y a nuestras actitudes: no navegamos en el vacío. Previendo lo que puede ocurrir, nos acercamos más a ello puesto que ponemos los mecanismos de simulación y estrategia a su servicio. No hay engaño. Hay que prepararse para lo que viene. Jesús Gil, en uno de sus amenazantes videos electorales lo expresaba con rotundidad: "Apuntaros a lo que se avecina"³. Si transferimos este mensaje a nuestras percepciones de la tecnología, veremos hasta qué punto este modelo de pensamiento se ha introducido en nuestros tejidos. El valor de la predicción y de la estrategia en el desarrollo tecnológico de nuestra cultura es enorme. La implantación paulatina de la tecnología se justificó por la necesidad de afrontar las probabilidades, todas las probabilidades:

"Las reglas de esa ciencia-predicción las encontramos hoy por doquier: en las estrategias de inversión en bolsa, en las decisiones a tomar por un jugador frente a la consola de un video-juego, o en la realidad virtual en dónde podemos simular un edificio que

³ Jesús Gil y Gil, *La esperanza recobrada para muchos*, video electoral del Grupo Independiente Liberal, Ayuntamiento de Marbella, 1993.

aún no ha sido construido. Si la ciencia emprende una carrera para establecer aquello que puede pasar, entonces es toda una tentación crear una realidad en función de aquello que ha de venir. La ciencia, al mostrarnos que hay cosas posibles, demostrables en el cristal de la mirilla o de la pantalla pero aún no realizables, rompe de cuajo con los modelos clásicos de la realidad y de la ficción, para comprometerlo todo en un estado de probabilidades y simulación, de tests de cercanía respecto de lo que se ve al final del telescopio. Esas probabilidades ciertamente acaban afectando a nuestro propio presente, puesto que en el entramado de poder legislamos la realidad con los ojos puestos en ese día que llegará. Legislación que invariablemente viene establecida institucionalmente y que legitima los propios mecanismos científicos por su capacidad de predicción y de registro."⁴

En una cultura de la predicción en escenarios de estrategia tan palpables como los económicos, militares, médicos, ecologistas y de entretenimiento actuales, la seguridad se asienta con todo su peso en las máquinas que nos ofrecen las supuestas pistas de lo que el futuro depara. De esta manera, el valor de la seguridad no se reduce simplemente a suprimir aquellas condiciones que nos pueden aguar la fiesta aquí y ahora, sino que se erige como el auténtico gestor de nuestro porvenir, adquiriendo de paso una significación mítica, propia de quien asevera nuestra mismísima existencia. La seguridad del futuro, en la actualidad, es el fundamento de la seguridad de nuestro presente.

Buena parte de los sistemas que mantienen el orden y la operatividad en la mayoría de los ámbitos de nuestras vidas son altamente técnicos y están directamente vinculados a la seguridad: la

⁴ Ver Jorge L. Marzo, "Cultura de registro", conferencia leída en el seminario *Culturas del archivo*, Fundació Antoni Tàpies, Barcelona, 2000. En fase de publicación.

- "Velocidad, ciencia y ficción", conferencia leída en el simposio *SciFi: entre lo científico y lo fantástico*, Festival Periferias, Huesca, 2000.

- "Consideraciones sobre la tele-depredación", 2000, en www.videoscopia.com
Se pueden consultar estos textos en www.soymenos.com

gestión de nuestras cuentas corrientes y de las transacciones, de los equipos médicos, de la coordinación policial, de los medios de transporte, de los medios de comunicación, de nuestros electrodomésticos, de los sistemas energéticos, etc.; todos ellos operan gracias a que sus sistemas de control están unificados en una tecnología básicamente común (digital) que permite un control unitario y una interacción del todo necesaria. No en vano, el invento más importante de la revolución industrial en el siglo XIX fue el tornillo universal que permitió el intercambio de piezas y la adaptación de unas máquinas a otras. Si observamos, como Friedrich Kittler nos ha hecho ver⁵, que los medios nacen de la fusión y adaptabilidad mutua de otros medios, podremos comprender cómo el factor seguridad (es decir, la fluidez en los mecanismos de control) se ha convertido en la clave del mantenimiento de todo el sistema.

Así pues, como decíamos al principio, que los psicólogos de la publicidad incluyan la seguridad como un deseo fundamental en sí mismo, dotándolo de sus propias características, más allá de que el resto de los deseos se definan por la seguridad que proporciona su consecución, no es una estupidez tan grande, como en principio supondría, sino que reafirmaría nuestra dependencia de un bien engrasado sistema de poleas que haga fluir todo el resto de la maquinaria.

Las nuevas tecnologías representan, a poco que miremos sus aplicaciones principales y características más evidentes, un nuevo modelo de interacción humana, global y abierto. Muchos occidentales nos podemos poner en contacto entre nosotros, prácticamente sin restricciones, en el marco de una utopía utilitaria que además algunos pretenden convertir en una nueva misión civilizatoria y mundial. Esta situación lleva a nuevas consideraciones de lo que entendemos por relaciones internacionales, espacio público y conexión social, y que a decir verdad, no es del agrado de muchos tecnólogos, políticos y

⁵ Cfr., Friedrich A. Kittler, *Gramophone, Film, Typewriter*, Stanford University Press, 1999 (ed. orig, Berlin, 1986)

voceros de "la nueva sociedad". Y no lo es, porque entrar en esas arenas supone potencialmente poner en solfa la idea de que el proceso tecnológico es determinista; es decir, que la sociedad cambia gracias a la tecnología y no que ésta se modela a consecuencia de determinados cambios y voluntades sociales e institucionales.

A medida que se ha ido expandiendo la posibilidad de una conexión global, con lo que ello conlleva de apertura, ha ido implantándose en paralelo todo un nuevo lenguaje sobre la seguridad en un mundo abierto y accesible. Códigos, claves, cifrados, encriptados, protocolos, contraseñas y llaves conviven junto a un discurso alegre, transparente y globalista. La paradoja chirría: se crean unas inmensas posibilidades de interacción y comunicación, haciendo saltar barreras impensables hasta hace poco, pero se sostienen en un marco de seguridad igualmente masivo y complejo.

La organización institucional y política que nació durante la segunda parte del siglo pasado ha basado buena parte de sus premisas en la idea de seguridad y de mantenimiento de los diversos sistemas. La evidente descentralización paulatina de los órganos de control, especialmente en los últimos 10 años, no ha significado la desaparición de un esquema unificado de poder; más bien ha supuesto una operación de autoprotección del mismo. En vez de tener un solo ordenador que lo gestiona todo, con el peligro que ello conlleva de operatividad en caso de que se estropee, hemos pasado a disponer de una red de ordenadores que aseguran que el sistema se aguante si alguno de ellos o incluso muchos de ellos fallan. Es como un seguro ante la catástrofe propia de sistemas fuertemente dependientes de unos pocos centros de control. Esto lo podemos percibir en múltiples ámbitos, y no solamente técnicos o tecnológicos, cuya caso más emblemático es Internet; un sistema desarrollado durante los años 60 en los EEUU, en previsión de colapsos de comunicación tras un ataque nuclear. El ejemplo más cercano en nuestros discursos sociales lo encontramos en la acción política, con la privatización de las tradicionales esferas públicas, de manera que en caso de colapso los pesos muertos se reparten

estructuralmente. La privatización de la sociedad no responde tanto a cuestiones ideológicas de partidos y dinámicas liberales o conservadoras como a la necesidad de prevención propia de un sistema como el capitalista que además está entrando en una fase de globalización e interdependencia que puede afectar seriamente la tradicional homogeneidad de los sistemas de seguridad. Si hay un reparto de papeles, lo más importante –nos dicen sin cesar– es que todos los nuevos participantes acepten las reglas del juego en términos de seguridad. Sin ir más lejos, vemos por ejemplo cómo a los países europeos que desean entrar en la Unión Europea, se les exige, por encima de cualquier otra consideración, que ajusten sus economías no a las mejores expectativas posibles, sino al patrón de seguridad propio de la Unión, de manera que la integración no represente ningún riesgo en el orden global de la economía europea.

Es tremendamente interesante observar estos procesos a fin de comprender el nuevo orden de seguridad dentro de esta teoría de las fichas del dominó, en la que si cae una ficha, caen todas las demás. Curiosamente estos procesos se asemejan enormemente a la imagen tradicional de los servicios de información e inteligencia militar, propias de servicios secretos o de grupos terroristas⁶, siempre muy duchos en cuestiones de contraseñas. En estas sociedades, los elementos constituyentes operan mediante la táctica del desconocimiento del resto de los elementos, de manera que si uno cae, todo el entramado puede seguir en pie tras pequeños ajustes. Esta situación se antoja sin duda contradictoria, dado que parece destilar imágenes de contubernio y conspiración pero en un marco de expansión comunicativa. Esta nueva paradoja nos indica hasta qué punto las fronteras de antaño entre sistemas institucionales y sistemas descentrados han ido desdibujándose poco a poco. El juego de llaves que antes servía para abrir todos los paños y que estaban en posesión de un pequeño círculo se ha convertido en un sinfín de llaves que abren y cierran los espacios a

⁶ Cfr., Jorge L. Marzo, *Herejías. Una crítica de los mecanismos*, CAAM, Las Palmas de G. Canaria, 1995. Disponible en www.soymenos.com

modo de compartimientos estancos para así prevenir infiltraciones y problemas de sistema. Ello no significa en absoluto que aquellos que ostentaban la propiedad del juego de llaves la hayan perdido, sino que han delegado ciertas responsabilidades de manera que en caso de culpabilidad no se dirijan las acusaciones a un solo punto. Sólo tenemos que recordar los casos de terrorismo de estado en España de los últimos 25 años para comprobar cómo éstas estrategias de compartimentación, que protegen el sistema y las personas en la cúspide de las decisiones, están plenamente operativas en la actualidad.

Cuarentenas

La seguridad, dentro del entramado de la auto-protección, viene definida en buena medida por la imagen de la profilaxis. En los actuales discursos dominantes sobre la cuestión, la vacuna, el antídoto y la prevención son los elementos fundamentales de referencia. Es incluso irónico ver que una vacuna es un mecanismo de camuflaje contra-vírico, o que la prevención responde plenamente a las soluciones procedentes de la teoría del dominó. La crisis del sida, por ejemplo, o la psicosis creada por las epidemias animales, han creado el caldo de cultivo para la justificación de técnicas masivas de profilaxis, aislamiento y cuarentena.

La teoría del dominó, como base de seguridad del sistema, ha adquirido unas proporciones de paradigma difíciles de calcular en toda su extensión. Hoy todo es sometido a tratamientos profilácticos: las relaciones sexuales, las operaciones de bolsa (con los cortafuegos de prevención, llamados eufemísticamente "suspensión cautelar de la cotización"), la creación del Nasdaq (separado de la bolsa tradicional industrial por su enorme volatilidad), la "intervención" pública en empresas de alto riesgo, la exterminio masivo de ganado, la política de dispersión carcelaria de los presos terroristas, las políticas de museización de la naturaleza en los parques naturales, el aislamiento legal de los inmigrantes y su guetización urbana, las operaciones

militares occidentales tildadas oficialmente como "preventivas" (como las de Panamá, Irak, Somalia o Libia), los "cordones de seguridad" alrededor de países o zonas sospechosas, el mismo juramento de un ministro de no revelar las deliberaciones de las reuniones a fin de que nadie "ajeno" saque provecho de informaciones confidenciales, etc., un largo etcétera fácilmente enumerable y que indefectiblemente refiere a políticas epidemiológicas aplicadas sin recato sobre el tejido social. Y no parece muy aventurado apuntar que ello se debe justamente a esa "naturalización" del concepto de seguridad. Seguridad que se equipara así a salud; de la misma manera que peligro se asimila a virus, a bacteria que es necesario aislar para preservar el buen orden general de todo el organismo. Descorazona pensar que Europa un día luchara por erradicar todo atisbo de biologismo social en su seno y que hoy éste sea el modelo imperante. Eso sí, camuflado en la panacea de una conectividad y de una supervivencia globales.

Es muy común oír y leer términos como *área*, *zona* o *sector*, no sólo en los ámbitos administrativos y en los medios de entretenimiento, sino que cada vez más en la producción cultural más general. La compartimentación responde en paralelo al deseo social creciente de perfilar mejor la realidad, mediante la catalogación y fácil identificación de los espacios. Las generalidades no son bien vistas pues no responden a las experiencias personales, fundamento del marketing actual sobre la identidad.

Llaves y protocolos de acceso

En una sociedad cada vez más conectada y más dependiente de su propia conectividad como paradigma de seguridad, surgen a menudo paradojas que retratan la sensacional transformación en el funcionamiento de nuestras relaciones sociales y políticas. Una de ellas procede del afincamiento generalizado del *protocolo* como mecanismo regulador de nuestra accesibilidad y como dispositivo fundamental de nuestra seguridad y de la del sistema.

Con la aparición de Internet, determinadas fórmulas de identificación y acceso propias del entorno militar han ido consolidándose paulatinamente en la esfera civil. Ciertamente, el desarrollo de Internet ha ido evolucionando del concepto altamente centralista del C+C (Command and Control) hacia una red formada por múltiples redes distintas, independientes las unas de las otras, pero unidas gracias a lenguajes "compatibles". Así, la noción de compatibilidad ha sido uno de los argumentos líderes en el crecimiento de la red y, en la práctica, una obsesión de pensadores, ingenieros, industriales, políticos y usuarios de Internet. En realidad, el sostenido auge de Internet desde principios de los años 90 se debe casi en exclusiva a la búsqueda denodada de protocolos, de llaves, que pudieran vincular con gran seguridad y sin pérdida de datos multitud de sistemas y lenguajes informáticos, algunos de ellos muy dispares entre sí. Al fin y al cabo, el mismo nombre de Internet refleja que se trata de un sistema "entre redes". Se trataba pues de hallar un estándar que sirviera de lenguaje común.

La carrera por esos estándares comenzó desde el momento en que la NSF (National Science Foundation), el organismo oficial del gobierno norteamericano para la legitimación de aplicaciones científicas, unificó diversos centros de computación en 1985, pero sobre todo cuando permitió el uso comercial de Internet en 1991⁷. Con anterioridad, la investigación sobre lenguajes de programación⁸ ya había abierto buena parte del camino, pero ésta estaba sobre todo encaminada a sistemas de escritura informática lo más útiles posible y no tanto a facilitar lenguajes comunes entre distintos sistemas.

⁷ Tras años de sistemas de red sólo abiertos al ejército y a las universidades con contratos militares, el Internet moderno se ganó el apoyo de la NSF cuando ésta formó en 1985 la NSFNET, vinculando cinco centros de supercomputación: la Universidad de Princeton, la de Pittsburgh, la de California en San Diego, la de Illinois en Urbana-Champaign, y la de Cornell en Nueva York. Pronto se desarrollaron algunas redes regionales. El gobierno decidió reasignar algunas partes de la antigua ARPANET (Advanced Research Project Agency Network, la red para investigaciones militares) a la NSFNET. En 1991, se abre Internet para usos comerciales y en 1995, el gobierno norteamericano la convierte en una industria independiente. En <http://www.tcm.org/>

La consecución de protocolos, de lenguajes universales que permitan conectar fuentes dispares, es una premisa que filósofos, científicos y humanistas han remarcado prácticamente desde el Barroco. Leibniz fue el primero en buscar un sistema de comunicación simbólica que se adaptara a cualquier modelo lingüístico existente. Lo llamó *Characteristica Universalis*: "Mediante este lenguaje universal, cualquier información del tipo que sea podría grabarse sistemáticamente en símbolos abstractos con lo que cualquier problema de razonamiento podría ser articulado y resuelto."⁹ En 1867, Melville Bell, padre de Alexander Graham Bell, uno de los principales inventores del teléfono, desarrolla el *Visible Speech*, un alfabeto universal capaz de codificar unitariamente sistemas diversos¹⁰. Y en 1943, Chomsky, vinculado en aquellos días a la investigación militar en el Laboratorio Psico-Acústico de la Marina de los EEUU en Harvard, propone una *Gramática Universal* con el mismo fin.¹¹

Indudablemente, la persecución de esos estándares que hicieran compatibles lenguajes diferentes ofrecía la posibilidad de crear un sistema fluido de comunicación e interacción, pero a la vez abría la caja de los truenos en la medida que el uso de un lenguaje universal ponía sobre la mesa graves cuestiones de seguridad ya que cualquiera que dispusiera del código simbólico pertinente podía introducirse sin más en una vasta y a menudo delicada red de información. He ahí el inicio de una paradoja antes apuntada, que en nuestros días tiene ya un carácter central.

Los protocolos nos sirven para movernos en la red con inmediatez y con la seguridad de que las traducciones funcionan. Protocolo procede del griego *protokollon*, que designaba a la hoja adherida a la portada de

⁸ Algunos de los más conocidos son: FORTRAN, Formula Transition (1957); COBOL, Common Business Oriented Language (1959); ASCII, American Standard Code for Information Interchange (1963); BASIC (1964); SIMULA (1965).

⁹ Leibniz, en Michael E. Hobart y Zachary S. Schiffman, *Information Ages. Literacy, Numeracy, and the Computer Revolution*, The John Hopkins University Press, Baltimore, 1998, 160

¹⁰ Marshall McLuhan, *Understanding Media. The Extensions of Man*, The MIT Press, 1999, 268 (ed. orig., Toronto, 1964)

¹¹ Paul N. Edwards, *The Closed World. Computers and the Politics of Discourse in Cold War America*, The MIT press, 1996, 217

un manuscrito y que contenía titulares o pequeños resúmenes de los contenidos del texto. De esta manera, se facilitaba la búsqueda de los temas y ayudaba a la comprensión de escrituras a mano de difícil lectura. El protocolo también ha sido tradicionalmente entendido como el conjunto de regulaciones y acuerdos que los países o instituciones se han dado entre ellos para "corregir" las diferencias de costumbres y usos culturales y diplomáticos. Es una manera de asegurarse que no habrá malentendidos y de agilizar las relaciones oficiales.

De la misma forma, el protocolo en el actual entorno comunicativo se define como el "conjunto de normas que permiten estandarizar un procedimiento repetitivo" entre sistemas informáticos¹². Entre los protocolos más conocidos por el público, destacan aquellos directamente vinculados a Internet y a los sistemas combinados de telefonía por satélite como el *http* o el *wap*.¹³ Todas estas llaves nos permiten vincularnos a una red común y convertir los diferentes sistemas en unos códigos que todas las máquinas puedan leer e interpretar.

Ahora bien, parece claro que cuando los diferentes sistemas convivían separadamente, sin protocolos comunes, el grado de seguridad propia era mucho mayor, dado que las fronteras entre unos y otros eran mucho más difíciles de cruzar, aunque el precio a pagar fuera la falta de conectividad y una cierta autarquía. En la actualidad, la situación es completamente opuesta: la unificación ofrece ilimitadas posibilidades de intercambio y distribución de información, pero los riesgos sobre la seguridad de un sistema integrado por protocolos se intuyen enormes. Esto es, el establecimiento de llaves comunes lleva automáticamente a generar procesos complejos de encriptación y codificación que aseguren que la globalidad de las redes no suponga la destrucción de éstas.

¹² José B. Terceiro, *Sociedad Digital. Del Homo Sapiens al Homo Digitalis*, Alianza, Madrid, 1996, 24

¹³ HTTP, Hypertext Transmission Protocol; FTP, File Transfer Protocol; WAP, Wireless Application Protocol; PPP, Point to Point Protocol; TCP, Transmission Control Protocol; IP, Internet Protocol; UDP, User Datagram Protocol; RIP, Routing Information Protocol; HTML, Hypertext Markup Language.

Y bien, ¿cuál es el papel de la gran masa de usuarios en todo este proceso? La seguridad, como valor esencial de funcionalidad y supervivencia en un mundo integrado, parece confirmar una dinámica social jerárquica que otorga al usuario el beneficio del uso pero a la vez se le impide el acceso a la gestión de los códigos. Es curioso observar el tipo de lenguaje que instituciones y medios de comunicación (parte integrante del entramado de la red) dirigen hacia aquellos grupos que optan por una actitud y una acción crítica respecto del monopolio de la supuesta gestión necesaria de la seguridad. En la mayoría de noticias sobre activismo cibernético, sobre hackers, o acerca de participantes de sistemas abiertos, la acusación siempre es la misma: son viveros de actividades ilegales y son las principales fuentes de virus informáticos. De la importancia que las corporaciones monopolísticas de la red dan a estas actividades consideradas "perniciosas", da cuenta el hecho de que un buen número de piratas electrónicos, que incluso en algunos casos han sido convictos por fechorías, han acabado siendo contratados por esas mismas corporaciones para coordinar sus servicios de seguridad, o han montado ellos mismos sus propias empresas de comunicación. Esto nos debería dar una idea de hasta qué punto el discurso terrorista o para-terrorista se ha insertado en el corazón mismo del capitalismo contemporáneo, y todo gracias al valor central que la seguridad ha adquirido en nuestras relaciones sociales.

El camuflaje

No deja de ser curioso observar como esta interpretación de la nueva ordenación del sistema gracias a una conjunción de opuestos (movimientos centrípetos y fragmentados) se acomoda mucho a otra técnica no menos similar, de completa vigencia y también de larga tradición: el camuflaje. Una tradición larga, sí, puesto que se origina incluso en el reino animal y vegetal: circunstancia que proporciona una perfecta base de legitimación a la hora de aplicarlas culturalmente. El emborronamiento de la realidad y la simulación siempre han sido

buenas estrategias de seguridad, buenas técnicas para un yo que quiere sobrevivir.

El término *camouflage*, en francés original, significa "cegar o velar". A finales del siglo XIX, el artista norteamericano Abbott Thayer realizó una extensa observación sobre los animales que acabaría siendo una importante herramienta en el desarrollo del camuflaje moderno. Thayer notó que el colorido de muchos animales iba del oscuro en las espaldas al casi blanco en los vientres. Esta gradación rompe la superficie de un objeto y lo hace aparecer plano, sin cualidades tridimensionales.

No parece tan casual que el arte haya prestado tanta atención al camuflaje durante el siglo XX, dada la simbiosis de ciertas tradiciones barrocas de la ilusión y de las nuevas técnicas de "montaje" propias del cine y la fotografía. Cuando en 1915 el ejército francés creó por primera vez la llamada "división de camuflaje", muchos artistas, diseñadores y arquitectos fueron llamados a trabajar en ella: Jacques Villon, Franz Marc, Arshile Gorky, Thomas Hart Benton, Grant Wood, Laszlo Moholy-Nagy y Oskar Schlemmer entre otros¹⁴. Tengamos presente que muchas de esas actividades tenían como objetivo despistar no a los soldados en el frente de batalla sino a las fotografías y películas tomadas desde los aviones y globos. Para ser exactos, aquellos experimentos "bélico-ilusionistas" servían para camuflar la realidad, pero la realidad *mediática*. El fin era falsear la "predicción" del enemigo, su conocimiento de la realidad, mediante escenografías de realidad, que fueran verosímiles a las lentes de las cámaras.

La realidad se conforma en la medida en que podemos contextualizarla en nuestras pantallas y otorgarle un sentido global. La idea de montaje ha sido en realidad la que ha guiado ese proceso de contextualización, de la misma manera que ha generado su opuesto: la falsificación, que siempre tiene como finalidad última la protección y la seguridad de "alguien". Las técnicas de montaje proporcionaron las herramientas necesarias para que el registro fotográfico de la realidad

fuera sometido a las correcciones de "seguridad interna" institucional (sólo tenemos que recordar las grandes falsificaciones históricas en la URSS). Sin embargo, también dieron pie a la elaboración de prácticas durante los años 20 y 30, como el fotomontaje, que rompieron los discursos monolíticos del poder, desmenuzando sus propias estrategias de camuflaje. Si observamos las producciones digitales de ilusión en la membrana audiovisual en nuestros días, encontraremos directas referencias a esos procesos de ensamblaje formal, a pesar de que los objetivos sean del todo distintos, dado que el ilusionismo digital de hoy está en muchos casos al servicio industrial y de homogeneización simbólica. Es justamente esa situación la que lleva a muchos creadores a introducirse en el resbaladizo territorio del engaño como forma de deconstrucción crítica de valores –como el de la realidad y credibilidad del registro visual– y de respuesta al grado de falsa seguridad que éstos llevan implícitos. Ejemplos contemporáneos de este tipo de prácticas los encontramos en fotógrafos como Joan Fontcuberta (nunca olvidaré que cuando leí el libro editado para su *Sputnik* me lo zampé encantado, dándolo por cierto, sin percatarme de la trampa casi hasta el final, para regocijo del artista).

En una cultura del *cortar y pegar* audiovisual, el camuflaje se erige como el arma principal tanto de defensa como de ataque, como por ejemplo se puede apreciar en técnicas terroristas o de guerra psicológica¹⁵ cuando hacemos creer al enemigo que los mensajes que reciben son en realidad de amigos en vez de ser nuestros.

Ilusiones

No obstante, las técnicas de camuflaje han ido cobrando una gran importancia en el tejido social y de comunicación debido precisamente a la capacidad de los nuevos medios digitales de información y registro en

¹⁴ Roy R. Behrens, www.mitpress.mit.edu/e-journals/Leonardo/

¹⁵ Sobre técnicas de camuflaje (o propaganda "negra") en la guerra psicológica, ver: Jorge L. Marzo, *Ríndete. Octavillas y guerra psicológica en el siglo XX*, Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, 1998

el seguimiento e identificación de los usuarios. Dada la masiva presencia de cámaras de vigilancia y de vídeo en nuestras vidas cotidianas, y el uso de sofisticadas tecnologías de seguimiento (tarjetas de crédito, telefonía móvil, televisión digital, sistemas de control bancario y fiscal, internet, etc.), la percepción actual pivota sobre la sensación de que nuestra identidad es plenamente conocida en todo momento y lugar, y que se hace muy difícil sustraerse a ese control. Ciertamente, nos parece importante que la librería online a la que compramos libros con nuestra tarjeta de crédito sepa exactamente quienes somos de manera que nadie pueda camuflarse y vaciarnos la visa. Pero, por otro lado, no es menos cierto que esos sistemas de identificación también suponen un enorme potencial para quienes desean incorporarnos a sus bases de datos comerciales o policiales.

En la actualidad, buena parte de los argumentos que se vierten sobre las ventajas y desventajas sociales de la era digital tienen como eje central la paradoja entre una vida pública alentada por una globalización de la comunicación y un marketing destinado principalmente a un individuo privado y móvil, con derechos inalienables sobre su espacio íntimo. En Internet, por ejemplo, la seguridad de los servicios que utilizamos se fundamenta en la llave (léase password o contraseña), que protege nuestros dominios privados e impide un uso ilegal de los mismos. El debate de seguridad en la red que aparece en los massmedia viene definido siempre por algún ataque de piratas informáticos que gracias al camuflaje de sus identidades o fuentes son capaces de introducirse en cualquier sistema al que le hayan puesto el ojo.

La seguridad, pues, se basa en que cada uno de nosotros disponga de su propio código de acceso, lo que además nos legitima como ciudadanos electrónicos de pleno derecho. Pero no acaba el tema ahí, porque al mismo tiempo nos parece que la gestión de esas contraseñas por parte de las empresas del sector puede infringir gravemente nuestro derecho a la intimidad y seguridad personal. De esta suerte, mucha gente se mueve a través de contradicciones dentro

del propio sistema (entre el secreto y la mentira), creando identidades falsas a la hora de acceder a ciertas informaciones, camuflándose comercialmente o simplemente haciéndose pasar por quien no es en chats y forums, de la misma manera que los ciberladrones o ciberpolicías realizan su trabajo. Y no sólo se trata de un problema únicamente de usuarios, sino incluso de planteamientos gubernamentales, como el que enfrenta dialécticamente a los gobiernos norteamericano y francés en el sentido de que el primero apuesta abiertamente por un control exhaustivo de la identidad de los usuarios, mientras que el segundo defiende un alto grado de anonimato en las comunicaciones.

Parece claro que en una situación como la actual, la idea del camuflaje comienza a verse como una salida interesante ante el imperio de la identidad, en el que el valor supremo es la propia seguridad. Y no deja de ser sintomático que tanto esa salida como el propio modelo que ofrece el sistema procedan de técnicas y teorías terroristas, cuando éstas señalaban que una de las mejores maneras de poner bombas en las comisarías era la de vestirse de policía y así introducirse dentro de una forma casual e inadvertida. Esto nos advierte que el sistema, o mejor dicho, el conjunto de sistemas integrados, debe asumir premisas militares a la hora de gestionar su propia supervivencia. Usuarios y sistemas comparten por tanto las mismas técnicas de defensa respecto del contrario. Sin duda el resultado de todo esto es predecible: el sistema seguirá regido por modelos de compartimentación, de secretismo, de codificación y de seguimiento, mientras los usuarios críticos adoptarán cada vez más a menudo técnicas de camuflaje y emborronamiento de pistas.

Hablar de camuflaje obliga además a prestar atención al origen del actual discurso mediático sobre la seguridad, que no es otro que los Estados Unidos. Causa estupefacción comprobar el choque entre el consumo ingente de imagería audiovisual norteamericana y la total falta de crítica ante las condiciones sociales y políticas que aquel país

esconde. Los datos no pueden ser más contundentes respecto al concepto de seguridad que rige hoy la sociedad y la política norteamericanas: Los EEUU es el país que posee más presos del mundo en relación a su población (1.700.000); es el país del mundo que tiene más condenados a muerte (3.500); es el país del mundo, junto a Arabia Saudí, Siria e Irán que más presos ejecuta; es el único país del mundo occidental que aplica sistemáticamente la tortura en sus cárceles; es el único país del mundo occidental que se niega a la creación de un tribunal internacional de crímenes de guerra; es el único país del mundo occidental que rechaza en rotundo la aplicación del Tratado de Kioto para la reducción de la emisión de gases contaminantes (cuando produce un tercio del volumen mundial de los mismos); es el único país del mundo capaz de anular las comunicaciones por satélite de todo el resto de los países; es el estado del mundo que más interviene policialmente las comunicaciones de sus ciudadanos; es el país con derecho a veto en el Consejo de Seguridad de la ONU que más veces lo ejerce; es el país que más intervenciones militares directas ha llevado a cabo sobre otros países durante el siglo XX; es el país con un mayor índice de analfabetismo de todo Occidente, etc., etc.¹⁶

Es anonadante ver como unas políticas de evidente carácter neofascista son capaces de camuflar la realidad especialmente gracias a la tecnología, a los medios de comunicación y al impacto económico que su globalización ha comportado. Dado el impulso económico global generado por las tecnologías desarrolladas originalmente en los EEUU, éstos han sido capaces de crear una inmensa pantalla de protección política y moral como forma de consolidar su liderazgo internacional, siempre protegido gracias a su poderío militar. El concepto de seguridad en los EEUU es simplemente militar y policial, especialmente desde que el auge financiero de las nuevas tecnologías ha llevado a criminalizar la pobreza como quizás no se ha dado nunca en otro momento o en otra parte del mundo.

¹⁶ Informe de Amnesty International, 2000.

Esa nefasta influencia de la lectura norteamericana de la "seguridad nacional" ha legitimado internacionalmente la comprensión del secreto y de la mentira como formas de poder, plenamente operativas y ampliamente consensuadas, política, económica y socialmente. Los EEUU es un país fundamentalista e integrista en términos de seguridad; una idea de la seguridad que engulle todo lo demás: política policial de mercado; las actitudes de la gran mayoría de sus corporaciones industriales y mediáticas se comportan al estilo militar, en sus lenguajes, formas y amenazas, llegando al secuestro (con las usuales prácticas monopolistas), al chantaje (forzando a gobiernos de muchos países a tragarse grandes sapos sólo para conseguir que una fábrica se instale en ellos), e incluso a la participación directa en operaciones bélicas (ATT, ITT, Westinghouse, General Electric, IBM, Coca-Cola, CNN, Monsanto, más todas las universidades científicas... muchas de ellas con jugosos contratos o acuerdos militares). Estos comportamientos ya no son sólo propios de los EEUU, sino que están siendo defendidos también en el seno de otros muchos países.

La evidencia se niega en nombre de los inmensos beneficios económicos que empresas y estados extraen de las nuevas tecnologías, y también debido a la enorme influencia mediática de la industria de la comunicación norteamericana, cuyo principal sustento es la creación de símbolos culturales globales que refuercen y abriguen la pantalla de camuflaje generalizado que se promueve por doquier.

"Apuntarse a lo que se avecina" es en realidad el sustento moral más consistente en este estado de cosas, porque no hay cosa más "segura", que ponerse a la sombra de quien tiene las llaves de todo el aparato de seguridad.

Interfaces, reversibilidad, responsabilidad

El uso de la tecnología ha llevado a una situación de curiosa trascendencia social y política: la máquina sanciona la ineficiencia social. Y de rebote, la cultural y económica, si nos referimos al mundo pobre.

Incluso podría añadirse que el recurso a los técnicos, cuando el usuario no comprende el funcionamiento de la máquina o cuando se rompe, se asemeja a un castigo o penalización en forma de elevado coste de la reparación. Los jóvenes no familiarizados con el ordenador comienzan a tener problemas laborales; muchas niñas son dejadas aparte en el uso de videojuegos¹⁷ –especialmente, cuando los padres sólo pueden pagar uno–; las personas de mayor edad que no están familiarizadas con el manejo de nuevas tecnologías sufren un verdadero "decalage" entre su propia experiencia y la información y presencia de esas máquinas en sus vidas cotidianas.

Esto no es nuevo. Con la aparición de la máquina capitalista, la especialización técnica del obrero condujo a trastornos sociales de clase, que con el tiempo fueron limándose, aunque nunca de forma definitiva. Según muchos estudios, los trabajadores no tenían un especial miedo a la máquinas sino a su potencial peligro como reguladoras de clase¹⁸, puesto que el conocimiento interno del mecanismo de la máquina permitía escalar puestos en la jerarquía laboral, más allá de su simple manipulación.

Sin embargo, el afianzamiento de los interfaces interactivos desde los años 80 ha supuesto un cambio importante en la percepción del necesario entorno de seguridad que se pretende crear con las máquinas. Ello sin duda se debe a una aplicación de la interactividad cada vez más simple en su uso pero más amplia en sus prestaciones. La máquina responde, creándose en definitiva una relación familiar, personal, fiable. Tampoco olvidemos que los ordenadores exigen físicamente una interacción individualizada. Uno casi siempre está sólo

¹⁷ Karen Orr Vered, "Blue Group Boys Play *Incredible Machine*, Girls Play Hopscotch: Social Discourse and Gendered Play at the Computer", en Julian Sefton-Green (ed), *Digital Diversions: Youth Culture in the Age of Multimedia*, University College London, London, 1998, 43-61

Ver también: Eric Hirsch, "Domestic Appropriations: Multiple Contexts and Relational Limits in the Home-making of Greater Londoners", en Nigel Rapport and Andrew Dawson (eds), *Migrants of Identity: Perceptions of Home in a World of Movement*, Oxford, England, 1998

¹⁸ Ver Ursula Franklin, *The Real World of Technology*, CBC Massey Lectures Series, CBC Entreprises, Toronto, 1990, 62

frente a la pantalla¹⁹. La trama de confianza y seguridad que han urdido los interfaces entre usuario y máquina es enorme, y condiciona sin lugar a dudas una percepción más global del fenómeno tecnológico.

La seguridad del usuario electrónico actual se basa en la *reversibilidad*: en la seguridad de que un error puede ser corregido. En los primeros interfaces comerciales de ordenador, desarrollados por Xerox y Apple a finales de los 70, la premisa fundamental de los psicólogos era que la reversibilidad (Sí-No-Cancelar) no sanciona directamente la ineficiencia o error del usuario sino que le amplía el espectro de seguridad de una manera pedagógica, a la vez que ayuda a entrenarle a la hora de proceder con la máquina:

“Puedes animar a la gente a explorar tu aplicación mediante el recurso al perdón. Perdón significa que las acciones en el ordenador son generalmente reversibles. La gente necesita sentir que puede intentar cosas sin dañar el sistema; crear redes de seguridad para que la gente se sienta comfortable aprendiendo y usando tu producto.

Avisa siempre a la gente antes de iniciar una tarea que cause pérdida irremediable de datos. Las cajas de alerta son una buena manera de alertar a los usuarios. Sin embargo, cuando las opciones se presentan claras y la respuesta es apropiada y pronta, aprender a como usar un programa debería estar relativamente exenta de errores. Esto quiere decir que cajas de alerta frecuentes son una buena indicación de que algo va mal en el diseño del programa.”²⁰

El usuario no siente ese constante Sí-No-Cancelar como algo molesto sino que lo acepta como algo fundamental, vinculado al alto grado de estima que tiene para él o ella la seguridad. La aparición de interfaces de ese tipo socializó a los usuarios en el nuevo dominio de

¹⁹ Ver, Veerle Van Rompaey & Keith Roe, "The Impact of Computer Technology on Family Life", in *The Impacts of Information and Communication Technologies on Social Realities*, Tripodos (extra 2000), Facultat de Ciències de la Comunicació Blanquerna, Barcelona, 2000, pp. 273-286

relaciones digitales, evitando susceptibilidades y generando una confianza en la posibilidad de deshacer los pasos realizados hasta el momento.

Esa nueva actitud respecto a la gestión de la seguridad, en el sentido de que se requiere de una responsabilidad individual en la salvaguarda general del sistema, contrasta con la desaparición de la responsabilidad pública de esa salvaguarda. La paulatina extinción (privatización) de las políticas gubernamentales en el espacio público, en el dominio energético, en el mundo laboral, en la gestión de la solidaridad, etc., tiene como eslogan de cobertura la "activa responsabilidad personal" en este nuevo mundo desregularizado y atrapado en las no-leyes del mercado.

Un ejemplo obvio de esta situación es la aplicación y percepción del automóvil. La velocidad es el valor fundamental de nuestro sistema cultural y moral. Tan importante es, que es capaz de legitimarse como valor "último" de la existencia. Sin embargo, parecería lógico que velocidad y seguridad debieran darse de la mano para una verdadera operatividad social. Pero no ha sido así en el caso del coche. Hemos acordado entre todos que el valor de la velocidad se sitúa más alto en la jerarquía que el de la seguridad.

De entre todas las máquinas con finalidades civiles inventadas durante el siglo XX, el automóvil ha sido con distancia el ingenio que más vidas se ha cobrado. En España, mueren 120 personas en accidente de coche o moto cada semana²¹. ¿A qué otra máquina se le permite causar la muerte de esta manera? ¿qué pensaríamos si los teléfonos móviles le quitaran la vida a 10 personas cada semana o cada mes o cada año, o que el uso de los ascensores alcanzara tal volumen de siniestralidad? Por 50 vacas locas y cerdos aftosos que han salido, todo el ganado europeo está sufriendo su propio Auschwitz particular. Sin embargo, sobre el automóvil, nuestras sociedades han depositado una

²⁰ Manual de Interfaz Apple, 1981. Creado por por Steven Jobs, Steve Wozniac, Jean Louis Gassé y John Sculley.

suerte de contrato con el mundo mecánico, un contrato de *seguridad*, incluso una especie de constitución, de carta magna. Los accidentes de tráfico, ocurridos desde el principio de la historia del coche, han continuado hasta nuestros días y jamás se ha puesto en práctica una política de restricción. El accidente representa el aviso público de los efectos de la ineficiencia del usuario respecto a la gestión de la máquina (y de la velocidad), y también la multa máxima –la muerte o las secuelas–, circunstancia que tiene carácter de ley, por lo definitivo.

Está plenamente establecido que la responsabilidad de un accidente de tráfico es siempre estrictamente individual. Es ahí en donde hemos fijado la variable de la seguridad. La posible ineficiencia social con las máquinas de los pasajeros que mueren en accidentes de autobús o de tren o de avión nada tiene que ver con sus muertes. Es por eso que ese tipo de accidentes despiertan mayor atención y cobertura informativa. Nos despierta más sentimientos, porque es injusto. Es una tragedia inmerecida para aquella gente, aunque un profesional –el conductor– pueda haber fallado. Los accidentes de coche se justifican moralmente porque la responsabilidad es precisamente individual. La propia libertad personal es el argumento que sostiene este modelo moral, y que podemos constatar públicamente en las imágenes publicitarias de coches. Libertad individual y velocidad quedan así casadas en el inconsciente. Y de paso, se asimila sin problemas el enorme número de bajas "colaterales" en las carreteras del mundo entero²².

El valor del transporte (como forma manifiesta de libertad individual), y por extensión natural el de la velocidad, y la tremenda factura de vidas humanas que ello comporta están tan bien tejidos en nuestras vidas que las sociedades modernas han tenido que variar incluso la manera en que se presenta y se proyecta la muerte. El individuo conquista el espacio, el tiempo. El destino es responsabilidad

²¹ www.ine.es

²² Respecto al progreso tecnológico y al accidente que cobra su peaje en vidas humanas, cfr. Paul Virilio, "Velocidad e información", *Le monde diplomatique*, agosto de 1995

suya, al volante. Pone mucho en juego. Y necesita algún lugar en donde sentirse seguro.

Refugios

Si por un algo social se define el desarrollo del capitalismo desde mediados del siglo XIX, es por haber generado una auténtica revolución en la manera en que los ciudadanos conciben la seguridad en su vida privada: es lo que llamamos individualidad. El hogar, como representación social de esa nueva búsqueda de la privacidad y seguridad en la pujante jungla capitalista, fue definido en la Inglaterra de 1880 como "el centro brillante" (*the shining centre*), el "refugio", la "torre de marfil", el "castillo fortificado", el "santuario", el "oasis", en definitiva el *home sweet home*²³. Manuel Delgado ha escrito:

"En ese nuevo contexto moral, el espacio público pasaba a ser un territorio inhóspito en que el ser humano era acechado por todo tipo de peligros físicos y morales y en el que reinaba la más absoluta frialdad. En cambio, la vida privada, fuente de sentido, debía ser defendida de cualquier injerencia procedente del exterior, puesto que esa intromisión del mundo desactivaba sus cualidades de templo a un mismo tiempo del espíritu y de la naturaleza. Al margen de la corrupción de la sociedad exterior, en el ámbito doméstico podía sobrevivir la "auténtica" humanidad: lo que habían sido los vínculos cálidos, la vieja comunidad premoderna, los sentimientos, la verdad, lo sagrado. Estamos ante

²³ Para un primer análisis del nacimiento y desarrollo de la noción de hogar como ámbito último de la seguridad individual, ver:

- Patrice Flichy, *Una historia de la comunicación moderna. Espacio público y vida privada*, Gustavo Gili, Barcelona, 1993, 95 ss (París, 1991)
- Walter Benjamin, "El París del Segundo Imperio en Baudelaire", *Poesía y Capitalismo*, Taurus, Madrid, 1972, 62 (ed. orig, París, 1938)
- Stuart Shapiro, *Places and Spaces: The Historical Interaction of Technology, Home, and Privacy*, Brunel University Press, Uxbridge, 1997
- Krishan Kumar, "Home: The Promise and Predicament of Private Life at the End of the Twentieth Century", in Jeff Weintraub and Krishan Kumar (eds), *Public and Private in Thought and Practice*, The University of Chicago Press, 1997
- Amitai Etzioni, *The Limits of Privacy*, Basic Books, New York, 1999
- Richard Sennet, *El declive del hombre público*, Península, Barcelona, 1978 (New York, 1977)

la invención del “hogar, dulce hogar”, ese modelo familiar que hace suyo la burguesía y que acabará imponiéndose poco a poco al resto de la sociedad.”²⁴

Hoy en día, la actualidad de la lectura de la privacidad como gestor moderno de la seguridad sigue intacta, a tenor de la propaganda emitida por los círculos intelectuales, políticos y empresariales vinculados al marketing de las nuevas tecnologías. A pesar de los numerosos informes sociológicos de los últimos años que constatan la paulatina desaparición de la estructura familiar tradicional²⁵, esos eslóganes están eminentemente destinados a un consumo doméstico en un seno familiar unido:

“El hogar es la institución nuclear de la sociedad moderna. Da cobijo a la unidad de organización social viable más pequeña: la familia [...] Es el lugar que los individuos más pueden identificar y en el que más pueden apoyarse como expresión simbólica de identidad personal. Ofrece cobijo y comodidad tanto física como psicológica.”²⁶

“El hogar se ha convertido en un lugar rico en información y en capacidad técnica. Es, al menos potencialmente, una central virtual de producción. Contiene una atractiva colección de aparatos e instrumentos para ocupar el tiempo y la atención de casi toda la familia. Ofrece privacidad y seguridad en un ambiente urbano que se muestra cada vez más sucio y peligroso.”²⁷

“Con la electrónica, los hogares se convierten en ámbitos de representación de la actividad pública, por una parte, pero también en focos de acción social.”²⁸

²⁴ Manuel Delgado, “Miradas impúdicas”, Fundació “la Caixa”, Barcelona, 2000.

²⁵ Kumar, 223-224

²⁶ Declaraciones de Peter Saunders, uno de los principales defensores de la sociedad tecnológica centrada en el hogar. En Kumar, 206.

²⁷ En Kumar, 206

²⁸ Javier Echeverría, *Cosmopolitas domésticos*, Anagrama, Barcelona, 1995, 62

El capitalismo, en palabras de Georges Duby, "separa un ámbito claramente definido para aquella parte de la existencia para la cual todo lenguaje tiene una palabra equivalente a "privado", una zona de inmunidad a la que podemos retirarnos o en la que podemos refugiarnos, un lugar en el que podemos dejar a un lado las armas o la armadura requerida en el espacio público, relajarnos, ponernos a gusto y descansar sin cobijarnos bajo el ostentoso caparazón que llevamos para protegernos en el mundo externo"²⁹. Philip Ariès ya señaló hace años que lo que triunfó con el capitalismo no fue el individualismo exactamente sino la familia y el hogar, ya que se constituían como los verdaderos baluartes de la idea moderna de individuo privado. El hogar moderno se valoró por el refugio que ofrecía respecto a las demandas de petición de explicaciones públicas. En una sociedad reglada por la necesidad de justificación de las acciones realizadas en público, el hogar garantizaba la seguridad de una intimidad inviolable, que además tenía garantía de ley, cuando el estado definió legalmente lo privado como lugar en el que las intrusiones gubernamentales podían rechazarse legítimamente."³⁰

Abogados de la época, algunos tan influyentes como los norteamericanos Warren y Brandeis ya reclamaban en 1890 la necesidad de distinguir el derecho a la privacidad como algo conceptualmente distinto de otro tipo de libertades. Éstos argumentaban que el "derecho a estar sólo" era "evidente", y consideraban "sagrados los precintos de la vida privada y doméstica."³¹ Esta idea de una agradable soledad en el nicho doméstico respondía a su vez a una nueva sensibilidad sobre lo subjetivo, fundamento esencial de la identidad capitalista. Será esa subjetividad hipersensible la que "se instituye en medida de valor para

²⁹ Georges Duby, "Prefacio"; Paul Veyne (ed), *A History of Private Life*, Harvard University Press, 1987

³⁰ Ver David Lyon, *El ojo electrónico. El auge de la sociedad de la vigilancia*, Alianza, Madrid, 1995.

-La máquina de la visión: ojos electrónicos en la ciudad, en www.videoscopia.com

³¹ Samuel Warren and Louis D. Brandeis, "The Right to Privacy", *Harvard Law Review* 4, 1890, pp. 289-320

excluir todo aquello que vulnere a la conciencia o atente contra la seguridad corporal."³²

Si aplicamos las nuevas teorías de la compartimentación sobre el individuo, sin duda, las nociones de casa, de hogar y de intimidad remarcan la pauta. La privacidad y el hogar han sido tradicionalmente entendidos en sentido defensivo, en términos de exclusión de los otros, de apartamiento, de retiro.³³ En el ámbito del hogar burgués, todos los elementos se constituyen como un universo proteccionista que otorga el gran beneficio de la seguridad. Walter Benjamin definía así el nacimiento de la casa burguesa:

“Desde Luis Felipe encontramos en la burguesía el empeño por resarcirse de la pérdida del rastro de la vida privada en la gran ciudad. Lo intenta dentro de sus cuatro paredes. [...] Al estilo del final del Segundo Imperio la casa se le convierte en una especie de estuche. La concibe como una funda del hombre en la que éste queda embutido en todos sus accesorios; y esparce sus rastros, igual que la naturaleza esparce en el granito una fauna muerta.”³⁴

El capitalismo, en su desarrollo imparable durante el siglo XIX, creó un gran repliegue en el hogar medio debido al miedo frente a una percepción salvaje de la nueva organización urbana. Richard Sennett ha analizado extensamente este fenómeno, en el que los encuentros sociales fuera del hogar desaparecían a favor del sillón en el salón central de la casa.³⁵

La aparición de los electrodomésticos ya en la década de los años 1930, inicialmente en los EEUU, produjo a su vez una nueva legitimación del valor del hogar como refugio seguro. Cada vez más la intersección

³² Enrique Ocaña, "Fotografía, guerra y dolor", en *Ernst Jünger: Guerra, técnica y fotografía*, Nicolás Sánchez Durá (ed.), Universitat de València, 2000, 72 (ed. orig., Berlín, 1930)

³³ Altman, I., *The Environment and Social Behaviour*, 1975, citado en Paul M. Insel and Henry Clay Lindgren, *Too Close for Comfort. The Psychology of Crowding*, Prentice Hall, New Jersey, 1978, 26

³⁴ Walter Benjamin, "El París del Segundo Imperio en Baudelaire", *Poesía y Capitalismo*, Taurus, Madrid, 1972, 62 (ed. orig. París, 1938)

³⁵ Richard Sennett, *El declive del hombre público*, Península, Barcelona, 1978 (New York, 1977) -*Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Alianza, Madrid, 1997 (ed. orig. New York, 1994)

entre la seguridad y el peligro moral de una sociedad excesivamente cambiante, decantaba a grandes masas sociales a orientar la privacidad alrededor del ocio doméstico:

"Aparte de las nuevas facilidades sanitarias dentro de las casas, el desarrollo de la lavadora redujo aún más la necesidad de salir de casa. La nevera redujo la frecuencia de las salidas a la tienda, haciendo desaparecer a los vendedores ambulantes que durante tanto tiempo habían abastecido los hogares. Las actividades de ocio fueron centrándose cada vez más en el hogar con el desarrollo de fonógrafos, radios y televisiones producidas en masa. En un mundo cambiante y rápido, la oportunidad de trasladar el ocio a la relativa seguridad moral y cultural del hogar fue bienvenida por muchos americanos, especialmente de clase media."³⁶

Estos ejemplos son todos antiguos, pero relatan que el capitalismo creó individuos operativos que necesitaban bases de retorno para descansar y expandirse, en un complejo movimiento elástico. Ese ir y venir desde la jungla del mundo al terruño y viceversa ha acabado creando un escenario nuevo, con nuevas funciones de los personajes. Las tecnologías móviles subrayan esta situación. La seguridad propia del hogar se traslada al exterior gracias a la conectividad, de los móviles por ejemplo. Y las estrategias laborales y de socialización propias del mundo externo se desplazan cada vez más hacia el hogar, como ocurre con los dispositivos de TV e Internet.

El hogar y sus extensiones, refugio de paradigmas capitalistas como la privacidad, la intimidad, la individualidad, la personalidad y la identidad está siendo elevado más que nunca al rango de paraíso de comfort y seguridad gracias a la promesa de interactividad social que los medios (y ahora su portabilidad) proyectan. La gente está muy falta de comunicación social y los medios la prometen al instante. Si el miedo a la calle de la clase burguesa en los inicios del capitalismo llevó a la

creación de estuches domésticos, hoy la panacea tecnológica promete un mundo de relaciones pero sometido a profilaxis absoluta: desde el hogar, nos libramos de estar sometidos a todo un montón de peligros. Con la movilidad, la conectividad y el protocolo, conseguimos un magnífico cordón umbilical a mano, directo al corazón del terruño, rápidamente identificable, con la dirección y número de la calle o del móvil. Una empresa finlandesa de móviles anunciaba su producto como si se tratara de un hilo de Ariadna que siempre conduce a dónde mejor se encuentra uno. Sólo necesitamos obtener un código, un password, un protocolo; en definitiva, la llave que nos da la seguridad de que no vamos a quedar aislados.

"La técnica transforma en máquina todo lo que toca".³⁷ No hay verdad más cierta. Cuando una cuestión como la seguridad se fundamenta en la técnica, la primera pasa a depender enteramente de la segunda. Se hace máquina misma. Y no se me ocurre ninguna materia más predispuesta a convertirse en máquina que aquella que trata de nuestro bienestar.

³⁶ Shapiro, 67

³⁷ Lewis Mumford, en Jacques Ellul, *The Technological Society*, Vintage, New York, 1964, 4 (ed. orig., París, 1954)